

Logos o la producción de un decir. Por Adriana Ricciardi

“Cuando hablo de Heidegger, o más bien cuando lo traduzco, me esfuerzo en dejar a la palabra que profiera su significación soberana.”

Jacques Lacan, “La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud” (Escritos I, p. 508, Siglo XXI, Argentina 1988).

Que la traducción lleve implícita la traición, según reza un viejo proverbio italiano: *“Traduttore, traditore”*, implica que en lo dicho o escrito por alguien pueda seguirse su huella, su marca subjetiva, que hace que la elección no sea azarosa aunque se produzca por azar.

Es contra el fondo de un dicho de Picasso: “Yo no busco, encuentro” que Lacan forja el suyo: “Tomo lo mío donde lo encuentro”. Pero, ¿qué lo dirige? O más bien, ¿qué lo trabaja a Lacan cuando se posibilita ese encuentro?

Lacan decide traducir al francés, junto con algunos colaboradores, el artículo *“Logos”* de Heidegger -artículo integrante de un corpus compuesto por tres comentarios de Heráclito y Parménides: *“Moira, Aletheia, Logos”* (1951)- para formar parte del 1^{er} N° de la revista *“La Psychanalyse”*, órgano oficial de la recién constituida Sociedad Francesa de Psicoanálisis (1953), tras su reciente escisión de la Sociedad Psicoanalítica de Paris.

Su interés es su “retorno a Freud”, a la letra freudiana, a fin de volverla del olvido al que el post-freudismo la había condenado, vaciando de sentido sus términos y despojándola de su enunciación. También Heidegger plantea un retorno, a los antiguos griegos (pre-socráticos) porque, según refiere, su lengua comporta un saber olvidado y sepultado por la filosofía occidental. A tales fines, se aboca a la exégesis de un fragmento de Heráclito (B50), traducido por Snell al alemán. Se trata de una sentencia que, en el ejercicio de las múltiples y continuas traducciones del texto (tanto en Heidegger como en Lacan), éste nos da a oír.

Si bien asistimos aquí a una traducción entre diversas lenguas (griego antiguo, alemán, francés), la traducción como operación de lectura no deja de efectuarse aún dentro de una misma lengua, manifestando, mediante el despliegue de sus términos, la más variada polisemia, sentidos, significaciones, resonancias, homofonías y homonimias.

LOGOS es la puesta en acto de la producción de un decir, que hace presente el trabajo de la lengua y con la lengua, a partir de la interrogación del enigma presente en cada uno de sus términos.

Heidegger señala lo que *Logos* no es -no es la interpretación que suele darse usualmente: sentido y razón-, destacando que lo que *Logos* es lo tomamos de *legein* y éste nombra decir y hablar, advirtiéndonos que no es su expresión ni su significación las que nos conducen a lo esencial: la marca primera del lenguaje, “lo elegido” (según traducción de Lacan) por y para cada sujeto.

Indica que *Logos* se esencia (se produce) cuando a ese hablar (*legein*) le corresponde una audición (escucha) conforme a lo que nos habla en lo que se nos dice, más allá del dicente. Cuando esto sucede se inaugura el tiempo de la repetición, dando lugar así a la posibilidad de “conformarse y sostenerse en lo que le ha sido asignado” a fin de que, según traducción de Lacan, “...lo que es delegado sea (el legado donde se lee lo que se elige).”

Legado simbólico, repetición de la marca inaugural vehiculizada por el lenguaje, presente en el hablar en los significantes privilegiados de cada sujeto, en los que puede leerse la alienación o “elección” en la que se encuentra tomado cada quien, lectura que conlleva efectos de verdad.

Y en referencia a la marca primera, Heidegger agrega: “UNO: TODO, dice lo que *Logos* es, *Logos* dice como UNO: TODO se esencia, ambos son lo mismo...el UNO no es una presencia entre otras, es único en su género, congrega todo en el destino.” Destino repetitivo que posibilita, mediante la lectura de sus incesantes vueltas, salirse del destino prefijado en obediencia al imperativo que nos comanda.